

# Ascensos y descensos del alma

Escribe: DARIO ACHURY VALENZUELA

Siendo ya novicia, Francisca Josefa de Castillo, y para aliviarse de tantas penas y de tantos agravios que en el claustro la cercan y hieren, busca en la soledad y en la lectura un refugio. Lee entonces el *Tercer abecedario espiritual* del fraile franciscano Francisco de Osuma, obra fundamental de la literatura mística española que tan honda influencia ejerció en Santa Teresa de Jesús. Cóbrale, al parecer, grata afición sor Francisca a este sabroso escritor castizo del Renacimiento español como lo demuestran las citas que de sus símiles hace.

A poco de entrar al convento, y al salir de unos ejercicios espirituales, recibe la noticia de la muerte de su padre, el licenciado don Francisco de Ventura de Castillo y Toledo. No acudió Francisca a la cabecera de su padre moribundo, que tan continuamente reclamó la presencia de su hija, a la sazón novicia, para que le asistiera en sus últimos momentos. Comportamiento muy distinto al observado por Teresa de Jesús en circunstancias semejantes, quien, abandonando el convento, acudió solícita al llamado paterno, animando y consolando con honda ternura filial al autor de sus días en la hora de la muerte.

Llegan los días amargos en que “el pobre jumentillo de su cuerpo”, mucho se reciente porque pasa hambres y solo se alimenta de flores, porque nada tiene que comer.

Con sus consejos y admoniciones, y en repetidos casos, Francisca a muchos apartó del camino de su perdición: a un pariente suyo, primero; a una persona que solía ayudarle en sus menesteres de sacristana, luego, y, finalmente, a un religioso que andaba en malos pasos con cierta mujer liviana. En esto procura imitar también a su predilecto modelo, la doctora del Carmelo, quien, en más de una ocasión, desvió de la senda del pecado a algunos allegados suyos y en otra, muy singular, a su confesor, que por este servicio llegó a cobrarle peligrosa afición.

En un miércoles santo, Francisca ve, no acierta a saber si con los ojos del cuerpo, a Jesús crucificado, recibiendo con ello la gracia de entender el íntimo sentido de la oración dominical, carisma que muy a espacio explica en el afecto 120º de la segunda parte del libro de sus *Sentimientos espirituales*. En lo cual procura Francisca seguir también las huellas de

Teresa de Jesús, particularmente en su libro *Camino de perfección*, cuyos XXXIII capítulos finales dedica la santa reformadora del Carmelo a hacer un hermoso comentario del *Pater Noster*.

Con licencia del arzobispo de Santafé de Bogotá lleva a su madre, ya viuda, al convento. Esto, lejos de traerle consolación, le fue causa de muchas contradicciones y problemas. Las monjas decían que ya estaban hartas de “la jarcia” o familia de los de Castillo, aludiendo con ello a los numerosos parientes de Francisca —madre, hermana y sobrinas— que vivían en el convento, ya como novicias, ya como profesas. Doña María Guevara, ya muy achacosa, le procuró a su hija no pocos trabajos y preocupaciones. Ciega y paralítica, no se conformaba con que su hija la dejara algunos momentos sola, para asistir al coro y a otras obligaciones de su estado. Esta molesta situación duró dos largos años, al cabo de los cuales el Señor fue servido de llamarla a su seno. Fue en sus mocedades doña María persona de buen ver, muy adicta a la lectura de buenos libros y asaz caritativa. Fue ella quien inició a su hija en el conocimiento de las obras de santa Teresa, de san Ignacio y del padre Francisco de Osuna.

### LA SOMBRA DE SAFO

Francisca debió ser rapaza atractiva y de trato gentil, como lo demuestra el hecho de los muchos galanes que su casa rondaban, requiriéndola de amores e incluso proponiéndole matrimonio, aún antes de haber llegado a la edad canónica. Ya novicia veinteañera, y a pesar de las tocas llanas que por humildad llevaba, tales encantos no debieron menguarse, lejos de eso fueron ocasión cierta a conturbar la castidad de algunas de sus hermanas en el Señor, en especial de una que hartó la acosaba para ganar su “amistad particular”. Ronda entonces por el claustro de Santa Clara la sombra de Safo y su “tíaso” de Lesbos. Francisca en una suerte de Góngula esquiva o de Atis desdeñosa que, impoluta, resiste a las seducciones de quien por su amor quisiera morir “cubierta de lotos aljofarados de rocío”.

Los continuos y encolerizados asedios de sor Safo —llamémosla así— obligan a Francisca a buscar refugio en su celda, almenada torre de defensa para el caso, de donde no desciende sino para asistir al coro.

De tanto escribir en su retiro, le falta tinta al tintero, entonces moja en lágrimas la enjuta péñola para pasar al papel los sentimientos de su alma.

### HEREJES A LA VISTA

Los herejes de carne y hueso que de continuo pasan trotando, sembrando espanto, por las páginas de los libros de santa Teresa —luteranos, calvinistas, iluminados, husitas, etc.— no podían faltar, si bien fantasmales, en los papeles que Francisca, reclusa, escribía con lágrimas: sombras de heterodoxos que ella sentía avanzar, por breñas y barrancos, hacia su con-

vento, quemando bulas y rasgando indulgencias al son de germánicos cantos de taberna, muy semejantes a los que hoy ha revivido Carl Orff en sus *Carmina Burana*.

## EL JUMENTILLO DEL CUERPO

Duélenos, en verdad, ver cómo nuestra novicia con qué desalmada inquina maltrata su cuerpo cuando la asaltan las tentaciones del mundo y de la carne. Con qué sádico amor ciñe sus caderas con punzantes cilicios, hace de su cuerpo un acerico traspasado de alfileres, se restriega los ojos con zumo de tabaco, se arranca el cabello, se flagela inmisericordemente con ramas de ortiga, y cuando no, hace que sus criadas le den de bofetadas.

Días hay en que esta sierva del Señor llega a tales extremos de insensibilidad física que ni los alfileres, ni las ortigas, ni los azotes le producen dolor; pero una vez que pasa tal estado de analgesia, arrécianle los dolores del cuerpo y los “molimientos de huesos”, como a santa Teresa después de sus éxtasis. Lo único que la hacía volver en sí, cuando andaba en estos “embobamientos”, que no arrobamientos como solía llamarlos la reformadora del Carmelo, era el toque de campana llamando a coro. Y en la diagnosis de este mal, los médicos desconcertados se preguntaban: “¿Y qué tienen que ver los humores del cuerpo con las campanas del coro?”.

## SIBILA

Casi no hay página de su autosemblanza en que la hermana Francisca no monte su trípode de sibila para vaticinar la muerte de una novicia, o de una abadesa, o de una monja, o de un confesor suyo. La fatídica revelación se le hace a través de un sueño, de un delirio, de una visión, y el vaticinio, claro, se cumple puntualmente.

## EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO

Esta ignorada escritora colonial, perdida en un oscuro rincón de un destartalado convento de una recoleta y melancólica ciudad americana del siglo XVIII, fue, quién lo diría, una precursora del método de trabajo prusiano. Francisca, como Marcel, vivió y murió en búsqueda del tiempo perdido, uno y otro escribieron sus borradores en cuanto papel caía en sus manos —cartas, tarjetas, libros de cuentas— uno y otro tomaban nota de su diario vivir, uno y otro escribieron con lágrimas, aherrojados en su enfermedad, atormentados por la angustia, nunca satisfechos con lo escrito, yendo y viniendo por los caminos del recuerdo, en recia contienda con la memoria para rescatar del olvido un incidente, un personaje, un detalle nimio, un matiz, la sensación de un perfume, de un color, de una frase musical, ya fuera la sonata de Vinteuil, ya una nota de órgano en los meandros de un versículo del Salterio. Así es como Francisca muchas veces cree haber terminado el relato de su vida, pero la evocación de un hecho ya olvidado la obliga a proseguir, entre desalientos y gozos, la autosemblanza trunca, que para siempre quedó así, inconclusa, a mitad de vuelo, entre el cielo y la tierra.

## MELANCOLIA

Una vez más —hasta cuándo— el temor y el temblor, el miedo y la angustia desgarran con sus zarpas el alma de esta conturbada criatura. A fines de marzo de 1703 —tiene 22 años Francisca— le arrecian las dolencias del alma. Sus confesores, todos a una dicenle que su mal se llama melancolía y su único remedio, diversión. De este mal de *melancolía* sabe mucho Teresa de Jesús, pues sus confesores se lo diagnosticaron, no una sino muchas veces, para ver de apartarla de lo que ellos ingenuamente creían ser tentaciones del maligno. De ahí que la monja del Avila se duela, en un pasaje de sus *Moradas*, de que es indecible tormento para el alma que se ve favorecida con gracias extraordinarias de lo alto, dar con confesores poco experimentados e inseguros, que todo lo revocan a duda, particularmente cuando notan en esa alma algunas imperfecciones, que ellos juzgan incompatibles con aquellas mercedes sobrenaturales, solo propias de naturalezas angélicas; dicen entonces tales confesores que tales gracias o mercedes extraordinarias no pasan de ser tentaciones del demonio o, a lo sumo, pura melancolía. Con todo, santa Teresa no deja de reconocerle razón a ese temor de confesores, puesto que, en sentir de la reformadora del Carmelo, es la melancolía una dolencia casi universal que causa incontables estragos en las almas, valiéndose de ella el demonio para traer al mundo males sin cuento. Mas tal reconocimiento no obsta para que Teresa de Jesús considere al mismo tiempo que constituye inmensa tribulación para el alma devota que, consciente y temerosa de tales ardidés del maligno, acude a su confesor en busca de consejo y remedio, pero encuentra en él un juez implacable que, al reprocharla y condenarla, aumenta sus temores y tormentos; y así, cuando es objeto de dichas gracias extraordinarias, al comparar estos sobrenaturales beneficios con las ruindades e imperfecciones de que esa alma adolece naturalmente, termina por convenir que estos son engaños del demonio, máxime cuando en ello le confirma su inexperto y severo confesor.

La hermana Francisca menciona este su mal de melancolía en distintos pasajes del libro de su vida.

## EL HABITO NO HACE AL MONJE

Las reglas de censura no debieron ser muy estrictas en el Convento de Santa Clara, cual lo da a entender nuestra venerable madre de Castillo en el capítulo XXVII de su autobiografía, donde refiere como en cierta ocasión un clérigo bigardo, en forma de demonio, penetró en la celda de una monja. Lo de “el demonio en figura de fraile” es un recurso malicioso de nuestra monja escritora para disimular las relaciones posiblemente “non sanctas” del clérigo con la monja del cuento; la cual, otro día, viéndose descubierta, como queda dicho, le armó una bronca de tomo y lomo a la hermana Francisca con la participación de seglaras, criadas y novicias, provistas todas de palos y linternas, hasta obligar a la acosada religiosa a buscar refugio en la celda de una “santa compañera” suya.

## HASTIO DEL CLAUSTRO

Para consuelo de sus tan ingentes penas, nuestra madre Francisca lee la vida de Santa María Magdalena de Pazzis, uno de sus más amados modelos, ya que a ella también sus hermanas del convento florentino de monjas carmelitas llamábanla, como las suyas a Francisca, loca, endemoniada, simuladora y santurrona, atribuyendo sus éxtasis y deliquios a artes del maligno. Magdalena, como Francisca, vivió y padeció en un mundo poblado de demonios y bicharracos, de trasgos y musarañas; una y otra sintieron la tentación de suicidarse con una soga, ambas desgarraron sus carnes con cilicios y azotes; la florentina y la tunjana abominaban de las galas y afeites, fueron atormentadas por las tentaciones de soberbia e impaciencia, entrambas pasaban de los dolores y gemidos a los gozos y deleites del espíritu. Hasta en su afición a la pintura de imágenes devotas se asemejaban estas dos criaturas de Dios.

Francisca, cansada —¿y por qué no decir hastiada?— de tanto sufrir en el Convento de Santa Clara y de tantas “pesadumbres y desprecios caseros”, quiere mudar de claustro, ingresando al del Carmen. Desea seguir una regla más austera, más ceñida a las normas teresianas. Sus parientes porfían para que se cumplan sus propósitos de mudanza, pero sus confesores, los padres Juan de Tovar y Juan Martínez Rubio, la disuaden y convencen.

## ALIMAÑAS Y CABALLEROS ANDANTES

Prosigue la venerable madre en Santa Clara y prosiguen sus sueños y visiones de grandes avenidas de aguas turbias, sobre las cuales flotan alimañas y sabandijas, en revuelta confusión con frailes y monjas, alternando con pesadillas en que se le muestran gigantes acorazados de llameantes yelmos, que al andar hacen crujir sus lorigas, blandiendo en la diestra una erizada porra de hierro y amenazando con destruir los papeles en que la monja escribe sus deliquios espirituales. ¿No serán tales desaforados gigantes, nos preguntamos, vagas reminiscencias de los libros de caballería, leídos acaso en su adolescencia, y luego abominados bajo el título general de “libros de comedias, peste de las almas”? De ser esto así, hallamos una semejanza más con Teresa de Jesús, tan adicta en sus mocedades a este linaje de libros.

## MUSICA, CORO Y SOBERBIA

En el año de 1709, al llegar a sus 28 años bien contados, vuelve Francisca a pulsar el órgano en cuyo aprendizaje se había iniciado siendo novicia. En sus *Afectos espirituales* abundan las símiles a base de instrumentos musicales: el arpa, la cítara, el salterio y, claro está, el órgano.

Sean cuales fueren los dolores, angustias y padecimientos que agobian a nuestra hermana, ella nunca deja de asistir al coro. Lleva siempre impreso en la memoria aquello que escribió santa Teresa en el capí-

tulo XV del *Camino de la perfección*, a propósito de las monjas y novicias que por inocuos pretextos de salud, contando con la complicidad de médicos y religiosas amigas, dejan de asistir al coro, alegando ya una jaqueca, ya un desmayo, ya un desaliento o cualquier indisposición de menor cuantía. Sor Francisca aduce la autoridad en la materia de la reformadora del Carmelo en el Capítulo XXX de su autobiografía (p. 216 de la edición Rivadeneira).

Nuevas angustias y nuevos pavores le cercan y ciñen “como un capuz de sombras”, y cual un sensible péndulo va nuestra monja —a impulso de tales angustias y temores— de un confesor a otro. Todos la acogen con afabilidad, en un principio, y todos, luego la despachan con cajas destempladas. Un fraile agustino dícele ser su dolencia “mal de soberbia”, porque lleva al demonio en sus monásticas entrañas. Y es aquí donde confiesa, adolorida, sor Francisca haber sido mal de toda su vida la cólera y haber empleado muchos esfuerzos para dominarse y contenerse.

A buen seguro, que este pecadillo de impaciencia mucho contribuyó a que sus amigas y compañeras le cobrasen aversión; y un puntillo de soberbia tampoco es de excluir, soberbia de creerse favorecida con mercedes sobrenaturales y soberbia de saberse escritora, y buena escritora.

## HUERTO IRRIGADO

En pos de los vuelos del espíritu viene la sequedad, dos estados de alma que a todo lo largo del relato de su vida, se alternan y como que se complementan. Otro tanto le acontecía a Teresa de Jesús al pasar el umbral de su cuarta morada, puesta ya en la vía iluminativa. Deliquios del alma seguidos de dolores corporales y de una general extenuación en lo físico y de una aridez de yermo en lo espiritual, singularmente en la oración.

Contra la sequedad no hay nada tan efectivo, o por lo menos nada tan oportuno, en la literatura ascética o mística, como el símil del huerto irrigado. ¿En qué místico de verdad —sea español o francés, alemán o italiano, árabe o judío— no encontramos la imagen del huerto regado por arcaduces de agua o por hontanares que brotan de la tierra? Bien conocido es el símil que trae santa Teresa en uno de los capítulos iniciales de su autobiografía para explicar, mediante las diversas clases de riego, los cuatro grados de oración. Una cosa es el riego laborioso con noria, otra el riego a través de canales o arcaduces, que implica menos trabajo, y otra muy distinta el riego natural de la lluvia que cae graciosamente del cielo, fecundándolo todo sin esfuerzo humano. Es un acceso de aridez espiritual, la venerable madre de Castillo trae a propósito, para remedio de su mal de alma, un sueño en que le parecía ver un vergel concluso de puerta muy estrecha. Agua en abundancia irrigaba aquel huerto, pero no fluía ella por arcaduces sino que, desbordada, todo lo anegaba. Plantas lozanas y buenas crecían allí pero entreveradas de maleza. En medio del jardín, como hortelano paciente, veía la buena monja a su confesor, el padre Juan Romero, encauzando aquella agua

desbordada, limpiando de abrojos el cercado. El confesor cumplía su faena con amor y diligencia, dirigido por Dios, único señor y dueño de aquel deleitoso huerto.

## DESQUITES A LO DIVINO

A esta sierva del Señor solo molestias y congojas le llegan, y dentro de su alma únicamente encuentra penosas conturbaciones. Guerra le mueven el claustro y el demonio. Busca entonces consuelo y paz meditando y escribiendo sobre el Sermón de la Montaña. Suspende por un momento el relato de su vida episódica, que ella viene escribiendo de tan mala gana por parecerle todo un sartal de locuras y disparates, y cuando no, la repetición de “unas mismas cosas”, para ponerse a escribir aquello que sí le incitaba, que sí le llegaba al alma: sus sentimientos espirituales, y en esta ocasión, muy particularmente, el afecto 56º de la primera parte de sus escritos. Este afecto es una excelente paráfrasis de las Bienaventuranzas, del salmo 13, *Dixit insipiens in corde suo*, y de la oración dominical. Es mucho lo que estas páginas dicen entre líneas. Como un “desquite a lo divino”, sor Francisca pone a los malos, que en este caso encarnan muy veladamente a las monjas de su convento, en un platillo de la balanza, y en el otro, que es el de los justos, se coloca ella, inclinando, contra todas las leyes de la física, el fiel a su favor. Cuando no quiere comprometerse, cuando elude el empleo de un lenguaje tan soez como el de las abadesas del convento de Santa Clara, sor Francisca acude a un noble recurso, que no por noble deja de ser un elegante juego de astucia, que consiste en poner a hablar por ella al salmista, cuando este maldice, increpa y desafía a sus enemigos, reservándose para sí las alabanzas que el mismo salmista prodiga a quienes luchan con él y por él. Tal es lo que pudiera llamarse, ya se dijo “un desquite a lo divino”: que esto y no otra cosa son, el fondo, todos y cada uno de los afectos espirituales de la venerable madre de Castillo. En otra ocasión, y más a espacio, nos ocuparemos de este género de interpretación.